

LA VENGANZA



la carrera desenfrenada del caballo, Rodrigo llega al castillo del conde Lozano. En la arboleda, al pie del castillo, la nodriza conversa con las gallinas y los pavos.

Jimena, sentada en la escalera de piedra, al verlo venir se pone de pie.

—Nodriza—dice—; Rodrigo trae demudado el semblante.

—Y ojos de cólera trae—agrega la nodriza.

Rodrigo se apea del caballo y se acerca.

—¿El conde Lozano?—pregunta.

—No está en casa—responde la nodriza—; acaba de salir para Burgos.

—¿Para Burgos? Allá voy.

Jimena le mira con ojos desesperados. Ya sabe lo que ha pasado; el conde le contó todo ayer por la noche, y conociendo a Rodrigo adivina que una tragedia se prepara.

Al verlo saltar sobre el caballo, llena de angustia le grita:

—Rodrigo, ¿qué vas a hacer? Piensa en mí.

V. HUIDOBRO

—Pienso en mi padre—responde Rodrigo.

—Piensa en mi amor.

—Piensa en mi honor.

Caballo y caballero vuelven a emprender la carrera. Pasa el camino bajo las cuatro patas como un río vertiginoso. Una nube de polvo forma un techo momentáneo entre la tierra y el sol.

Jimena, inmóvil, mira la nube que se aleja. Adolorida, fatal, se queda pestañeando, y las tijeras de sus párpados quisieran cortar los caminos del mundo.

—Todo está perdido.

A la entrada de Burgos, en las primeras callejas de la ciudad, Rodrigo alcanza al conde Lozano. Altivo, orgulloso, el cuerpo del conde lleva el ritmo lento de la marcha de su potro.

Rodrigo detiene su caballo sudoroso. En toda España se oye latir el corazón de ese caballo.

—Conde Lozano—grita.

—¿Quién habla?

—La voz de Laín Calvo, Rodrigo Díaz.

—¿Qué quieres de mí?—pregunta el conde Lozano.

—Tu vida.

—¿Qué dices, mozalbete audaz?

—Que bajes de tu caballo como yo bajo del mío. ¿Hiriendo el rostro a un anciano crees mostrar tu valor? Ven a herirme a mí en el pecho, así lo probarás mejor.

—Vete, rapaz, o por vida de Dios que bajo de mi caballo y te doy un puntapié que vaya a acompañar al bofetón que di a tu padre ayer.

—Eso quiero. Baja de tu caballo, que en el polvo voy a hundir tu insolencia.

—Vete, digo; anda a aprender primero a manejar una espada.

MIO CID CAMPEADOR

—¡Cobarde! Cobarde eres como todo el que es valiente frente a un anciano. Olvidas que soy hijo de ese anciano. Te atreviste contra un hombre, que siendo yo su hijo, nadie puede tocar. Nublaste su noble faz con nube de deshonor; yo desharé la niebla.

—¿Tú, mozalbete, con qué?

—Con esta espada de sol. Mírala cómo brilla.

Al ruido de las voces van saliendo gentes a las puertas. En una ventana asoma la nariz de alcuza una vieja de Valle Inclán.

—Muchacho, vete por donde has venido—exclama el conde Lozano—; no es honor vencer a un primerizo.

—Es más honor que pegar a un anciano—grita Rodrigo—. Basta de palabras; baja de tu caballo. La mano que ofendió a mi padre, esta noche será aldabón en las puertas de Vivar.

—Ahora verás—brama Lozano, bajando de su caballo—. Tú lo has querido, muchacho.

Los dos en tierra, frente a frente, las espadas en el aire.

—En guardia—ruge Rodrigo—, y no tengas compasión de mis años.

—No tendré compasión, pobre de ti, que lo que te falta de años, te sobra de audacia.

Las espadas se entrechocan, cortan el aire los filos. Dan saltos el uno sobre el otro, avanzan, retroceden. Las dos espadas se hacen cien, se hacen mil, trazan círculos y anillos en el espacio, dibujan arcos sobre sus cabezas y pican el aire, que se queja...

Las gentes se van acercando y varios grupos de curiosos contemplan a los caballeros envueltos en los círculos de sus aceros. Una voz grita:

V. HUIDOBRO

—Dejadlos. Nadie intervenga; el combate es leal, de hombre a hombre, frente a frente.

Y van los comentarios.

—Ese es el conde Lozano. El muchacho es el de Vivar, el hijo de Diego Laínez. ¡Qué golpes da!

—Como ensayo no está mal—dice rabioso Lozano.

—Y aun ha de estar mejor—responde Rodrigo, parando un golpe y dando dos.

El aliento entrecortado del conde llena la calle. En Europa se oye latir el corazón de Rodrigo. Adelante, atrás, a la derecha, a la izquierda. Marea los ojos el reflejo de las espadas.

Furioso el conde, tira un golpe. Rodrigo hace un quite maestro, se lanza a fondo rápido, en un salto, y su espada se hunde en el pecho de Lozano. El conde se desploma al suelo pesadamente y en un gesto automático levanta la mano derecha para defender la cabeza. La sangre brota del pecho a borbotones. Rodrigo, con una agilidad felina, al ver la mano levantada, de un solo tajo la echa a volar por el aire como una rosa.

Y mientras el conde expira y Rodrigo limpia su espada, las gentes medrosas se retiran santiguándose...

En el camino de Vivar, Rodrigo galopa, galopa. Y la mano del conde atada al arzón va dejando un reguero de lágrimas rojas.

Atrás, en una calle de Burgos, un olor a sangre y un murmullo de rezos sube al cielo.

Delante, en una casona de Vivar, un viejo se pasea como un león entre barrotes. Espera, espera. Sin probar un bocado, sin sentarse un instante en todo el día, Diego Laínez espera, espera.

Al medio, sentada detrás de la ventana de su castillo,

V. HUIDOBRO

—Dejadlos. Nadie intervenga; el combate es leal, de hombre a hombre, frente a frente.

Y van los comentarios.

—Ese es el conde Lozano. El muchacho es el de Vivar, el hijo de Diego Laínez. ¡Qué golpes dal

—Como ensayo no está mal—dice rabioso Lozano.

—Y aun ha de estar mejor—responde Rodrigo, parando un golpe y dando dos.

El aliento entrecortado del conde llena la calle. En Europa se oye latir el corazón de Rodrigo. Adelante, atrás, a la derecha, a la izquierda. Marea los ojos el reflejo de las espadas.

Furioso el conde, tira un golpe. Rodrigo hace un quite maestro, se lanza a fondo rápido, en un salto, y su espada se hunde en el pecho de Lozano. El conde se desploma al suelo pesadamente y en un gesto automático levanta la mano derecha para defender la cabeza. La sangre brota del pecho a borbotones. Rodrigo, con una agilidad felina, al ver la mano levantada, de un solo tajo la echa a volar por el aire como una rosa.

Y mientras el conde expira y Rodrigo limpia su espada, las gentes medrosas se retiran santiguándose...

En el camino de Vivar, Rodrigo galopa, galopa. Y la mano del conde atada al arzón va dejando un reguero de lágrimas rojas.

Atrás, en una calle de Burgos, un olor a sangre y un murmullo de rezos sube al cielo.

Delante, en una casona de Vivar, un viejo se pasea como un león entre barrotes. Espera, espera. Sin probar un bocado, sin sentarse un instante en todo el día, Diego Laínez espera, espera.

Al medio, sentada detrás de la ventana de su castillo,

inmóvil y angustiada, Jimena también espera. La cabeza levantada hacia el espacio funesto, la joven mira el mundo con sus ojos de Edad Media.

Entre estos tres puntos doloridos del mapa, Rodrigo apura el paso con el corazón más liviano y más triste.

Cae la tarde y a lo lejos se oye la carrera de un caballo sobre los caminos de la fatalidad.

A medida que la goma de la noche va borrando los caminos, Diego Laínez siente crecer su inquietud. Si el conde Lozano ha vencido a Rodrigo; si su hijo ha muerto sin lavar su honor. Si por amor a Jimena, Rodrigo no se ha atrevido a desafiar al conde...

Como un león entre barrotes, Laínez se pasea de un lado a otro de su aflicción. Sus pasos resuenan en la casa. Los oídos del solar siguen el son de sus pasos. ¿Qué habrá pasado? ¿Qué suerte espera a Vivar?

El Destino esconde bajo su capa el resultado de la empresa y en vano los ojos angustiados se dirigen a él. Mudo, parece gozarse en su silencio. Y para más angustiar aún, les echa la noche encima.

Una campana suena. El sonido se desprende lento con alas de hierro, vuela un instante entre las ramas del eco, de rama en rama, de eco en eco, y va a caer muerto lejos, lejos en el camino. En el mismo sitio en que cae se levanta el ruido seco que hace sobre las piedras el caballo de Rodrigo. Un ruido va y otro viene, uno muere y el otro resucita, aquél entristece y éste alegra.

Al oírlo Diego Laínez, se detiene como un resorte, se para la noche, la casa levanta la cabeza.

—Es Rodrigo—grita el viejo, y sale corriendo joven.

Toda la familia salta en pie, le abre paso y sigue tras él, silenciosa de emoción.

V. HUIDOBRO

Junto a la puerta del camino el caballo se detiene. Rodeado de los suyos el viejo espera sin respirar. Se oye una piedra que clava algo en la puerta. A cada golpe sale una estrella en el cielo. Silencio. Crujen los goznes del silencio, se abre la puerta. Rodrigo aparece de pie, grande, enorme, gigante, en el umbral del silencio.

—Hijo mío—exhala Diego Laínez.

—Hijo, hermano, hermano—otras voces.

Rodrigo entra paso a paso. Su caballo le va siguiendo, suelto, fiel, prendado de su señor.

—Padre—dice una voz, que es la voz de Rodrigo con la garganta más grande—, mira en la puerta como alda-bón clavada la mano que te manchara.

El viejo le abraza trémulo, y trémulo exclama:

—Rodrigo, desde hoy eres el jefe de mi casa. Mano que tal mano me trae, llevará mejor que nadie las riendas de mis dominios.

Y cuando a la casa entraron, en el aposento del viejo los dos solos, el hijo y el padre, se abrazaron llorando.

—Y tú ¿por qué lloras, padre?

—Lloro de alegría porque el cielo me ha colmado en ti. Y tú ¿por qué lloras, hijo?

—Lloro porque esa mano que he clavado en la puerta está apretando el corazón de Jimena—dice una voz que es la voz de Rodrigo con la garganta más chica.

—¿Te arrepientes de lo que has hecho?

—No, padre; cumplí con mi obligación y cien veces volvería a hacerlo, si cien veces el caso se repitiera. El honor tiene razones que el corazón no entiende, lo que no impide que el corazón hable y se queje.

Emoción. Rodrigo de pie, se ve pequeño, niño, enano en el umbral de la emoción.

—Deja que el corazón lllore—dice el viejo—y busca

en otras hazañas el olvido de tus penas. Jimena te perdonará; al fin y al cabo no has hecho más que vengar el honor de tu padre, en lucha leal, no a traición. Y el conde no era su padre.

—Era su tío y padrino, pero ella lo tenía como padre, y como al otro apenas conoció, como tal amaba a éste.

—Pero no era su padre.

—Por lo mismo se sentirá obligada a hacer por él tanto o más de lo que hubiera hecho por el otro. No me hago ilusiones, padre; Jimena está perdida para mí y sólo me queda...

—¿Y sólo te queda?

—Ir a pelear contra los moros y buscar la muerte en alguna batalla. Puesto que ya sin ella estoy muerto, ¡qué importa otra muerte más! Cinco reyes moros han entrado en Castilla y nadie les ha salido al encuentro.

—Hijo, anda. El que entra en batalla buscando a la muerte, suele encontrar doble vida. ¿Cuándo piensas partir?

—Iba a decirte mañana mismo. Así, padre, te pido que prepares a los hombres de Vivar, que les llames en el acto y les digas mis deseos.

Sonaron las campanas llamando a las gentes y cuando la plaza del solar estuvo llena de hombres y muchachos que se agolpaban de una puerta a otra, Rodrigo abrió el balcón que daba a la calle, y apoyado en la baranda, gritó a señores y a pueblo:

—"Hijosdalgos de Vivar: Hace apenas un mes, contra los moros obtuvisteis una espléndida victoria. El nombre de Vivar fué bendecido en todos los labios y se ciñó una corona que no podemos dejar marchitarse. En el campo de los moros hay veleidades guerreras, las siembras han sido malas y el hambre lanza otra vez sobre

V. HUIDOBRO

Castilla sus mesnadas; pasaron cerca de Burgos y han tomado a Montes Doca. Ni el rey ni nadie ha salido a presentarles combate. Arrasan nuestro ganado, destruyen nuestras cosechas, cautivan hombres y mujeres cristianos. Así os conjuro que sea otra vez Vivar el primero que salga al campo y el que gane más batallas.

Hijosdalgos, infanzones, mañana al amanecer, todo el mundo aquí a caballo. Armaos de buenas armas, y yo os juro por las canas de mi padre, que volveremos triunfantes con mucho botín y más gloria.”

Un solo grito salió de todos los pechos:

—¡Viva Ruy Díaz, viva!